

LOS ANGELES

COMEDIA EN TRES CUADROS

ORIGINAL DEL

DR. MARIANO PEREZ FELIU

EDITADA POR LA SOCIEDAD VALENCIANA
«LOS TUBERCULOSOS Y SUS DEFENSORES»,
A BENEFICIO DE LOS ENFERMOS
QUE PROTEGE

*A mi querido maestro.
el Excmo. Sr. D. Rafael Pastor,
en agradecido homenaje
El autor*
18-8-20.

VALENCIA—1920

Talleres de Tipografía LA GUTENBERG

calle de Salvador Giner, núm. 9

LOS ANGELES

COMEDIA EN TRES CUADROS

ORIGINAL DEL

DR. MARIANO PEREZ FELIU

EDITADA POR LA SOCIEDAD VALENCIANA
«LOS TUBERCULOSOS Y SUS DEFENSORES»,
A BENEFICIO DE LOS ENFERMOS QUE
: : : : : PROTEGE : : : : :



**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

VALENCIA—1920

Talleres de Tipografía LA GUTENBERG

calle de Salvador Giner, núm. 9

Homenaje del autor.

PERSONAJES

- D.^a HEDI, 30 años.....
» AMPARO, 36 años.. ..
ALDEANA.....
MARÍA.....
ANTONIA.....
ELVIRA.....
RAQUEL.....
D. ALBERTO, 34 años, Abogado.
» JUAN, 35 años, Propietario....
» ANGEL, 35 años, Médico.....
» RAMÓN.....
» RAFAEL.....
CHÓFER.....
JOAQUÍN.....
ENRIQUE.....
Uno o dos criados que no hablan.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Comedor bien arreglado, al final de una cena. Puertas al fondo y derecha. Uno o dos sirvientes.

HEDI, AMPARO, ALBERTO y JUAN

- Juan La cena ha sido excelente, opípara; como banquete a un soberano aliado.
- Alberto ¡Qué bromista! Tose. Siempre de tan buen humor.
- Juan No exagero. Digo lo que siento y es cierto lo que digo. ¿Es verdad, Amparo?
- Amparo Sí que es verdad. Ha estado muy bien guisado y dirigido el guiso; y eso que yo, viniendo pronto, he impedido terminar sus funciones a la cocinera mayor. Riendo y dirigiéndose a Hedi.
- Hedi Nada de eso; y además, la cena nada tenía de difícil y la cocinera podía muy bien hacerla sin mí.
- Juan Tienes una mujer excelente por todos conceptos.
- Alberto En broma. No siempre. Hay veces que tiene un carácter muy imperativo. Tose.
- Hedi Mohina. Bien sabes que no, que es por tu bien que te aconsejo. Entran el café un o una sirviente.
- Alberto Habrá que creerte para que no te enfades. Cariñoso, disimula la acción de tirarle dulcemente una flor de la mesa, sin llegar a hacerlo.
- Hedi Bien sabes tú... Dirigiéndose a todos. El café ya está aquí; vamos a tomarle.
- Se sirven el café. Los actores lo harán como estimen, y se formarán dos grupos: a izquierda los dos hombres, que encenderán cigarros, y a la derecha las damas, que hablarán entre ellas.
- Juan Y qué, ¿cómo van los asuntos?

- Alberto Bastante bien; siempre hay dificultades en la vida, pero se van sorteando. ¿Y tú? Tose.
- Juan ¿Yo? No sé qué decirte; como, bebo, paseo, tengo algún disgusto, llevo a mi mujer al teatro y... Bajando la voz. me divertí algún rato si puedo. Siguen hablando en voz baja.
- Amparo Trae el último número y verás. Hedi sale y entra al poco rato con un cuaderno de modas, mientras Amparo hojea con atención otros que tiene junto a sí.
- Hedi Toma *Le miroir*.
- Amparo Con alegría, mostrando después de hojearlo. ¿Ves? Como yo te decía: cuadros blancos y azules y adornos amarillos.
- Hedi Sí, es cierto, pero no me gusta; no creo que estrene yo la moda. Siguen hablando entre ellas.
- Juan ¿Por qué me casé? La cosa es muy fácil. Me dijeron unos y otros: «¡Hombre, cásatel! ¡Ya tienes tiempo!», y yo pensé: ¡Es verdad! Ya se han casado la mayoría de mis condiscípulos; ya debe ser hora de casarme yo, y me casé; no lo pensé tanto como Félix.
- Alberto ¿Qué ha sido de él? Hace tiempo que no le he visto.
- Juan Le encontré la última vez en Suiza, junto a un lago; salía yo del restaurant, con la cabeza tan insegura como mis piernas; vi que se paseaba con las manos en los bolsillos y el sombrero tirado atrás, y le llamé para que distrajese mi pesada digestión.
- Alberto Riendo. ¿Sólo para eso?
- Juan ¡Hombre, y para saber de él también!
- Alberto ¡Ah!
- Juan Le había visto hacía algún tiempo en el tren, yendo a un Congreso, y bajo el velo que la cortesía impone, se descubría en nuestro amigo la amargura de su alma. En una estación, las dos señoritas que hablando se encontraban ante nosotros, con su cabeza de rubios cabellos, cubiertas por boina roja, pasaron a otro tren que frente al nuestro había, y al ponerse éste en marcha las saludó maquinalmente con su sombrero, y ellas contestaron con una sonrisa. Y él, respondiendo a una pregunta que yo no hacía, pero que quería hacer, me dijo: «No las conozco, pero saludo su juventud; saludo al amor, al amor que pasa, dejándome rasguños, heridas; jamás un sedimento de felicidad». Y yo, que conocía bien las heridas de su alma, que habían pu esto en peligro su vida, comprendí los sufrimientos que ocultaban sus palabras.

Alberto ¡Si que ha sufrido el pobre! ¡Ha sufrido mucho!

Juan Recientemente, como te decía, le encontré en Ginebra, junto al lago. Las barquillas reflejaban en las aguas sus farolillos japoneses; y las luces de los cafés y las del Kursal parecían hundirse en ellas como un cordón luminoso. Nos preguntamos por la marcha de nuestros estudios y por nuestras familias; mutuamente exploramos el fondo de la ajena alma, y él me dió a conocer las novedades de la suya. Fué en una ciudad suiza, que tiene uno de sus lagos más bellos, más históricos, con puentes de madera cubiertos y acodados, y con pinturas viejas en su techo; ciudad en cuya parte vieja, sus calles estrechas y las pinturas de las fachadas de sus casas, unido al sonido incomparable de sus campanas, causan una impresión imperecedera en el alma de quien pasó una vez por allí. Su alma, que él creía dormida, había amado profundamente, con una intensidad de que él no se consideraba capaz; fué como una visión de la felicidad soñada durante toda su vida, que le había hecho olvidar proyectos, planes, ilusiones... Un día, la mujer que él amaba le manifestó que la separación que iban a realizar no sería de corta duración, sino quizás para toda la vida. Las razones que exponía eran algunas de índole que honraban a su amada; ¿pero, por qué no había pensado antes en ellas? «Alguna vez—me decía Félix—, al mirarla tuve la sensación de que su amor me haría daño, mucho daño, que era peligroso; otras, comprendí que un amor tan profundo como el que sentía hacia ella, no podía ser correspondido largo tiempo en la misma forma, pero mi amor era grande; ¡cuántas veces lloré pensando en la separación probable!... Mi temor—continuó diciendo—se veía confirmado; la esperanza deshecha, el porvenir roto... Me acosté pronto rendido por el dolor moral. Unos pasos en la calle me despertaron; me levanté y miré el reloj; era poco más de media noche; a esa hora debía pasar ella con su padre de regreso de una reunión; ¿serían de ellos los pasos? Levanté las cortinas de la ventana. La calle estaba ya desierta; la luna alumbraba el suelo cubierto de nieve; la fuente, helada, junto a la que tantas veces habíamos paseado juntos...» El tiempo parecía tener un paso más lento, y la angustia oprimía su alma, que tan feliz había sido en aquel cuarto del hotel, desde cuyas ventanas había acechado el paso de su amiga

otras veces con tanta alegría. Un ruido que percibió del cuarto cercano le hizo tomar precauciones para que sus sollozos no fuesen oídos y llamasen la atención. Pasaron unas horas, que parecían eternas, y el silencio de la calle comenzó a alterarse con los pasos de los que se dirigían a los primeros trenes. Se vistió nuestro amigo y cruzó frente a la casa de su amada; allí quedaba ella, separados para siempre quizás. ¡Había muerto una de las más grandes ilusiones de su vida! Momentos después el tren le separaba de la villa hermosa, donde tan feliz había sido, donde pocas horas antes había llegado con tantas ilusiones. Otra vez su vida se encontraba incierta, rota la esperanza y sin el faro de la ilusión. Su esfuerzo y su sacrificio habían sido inútiles. Por los ojos de mi amigo se veían las lágrimas; yo las sentía en los míos también. ¡Quién no tendrá en sus recuerdos el de algún sacrificio que no sirvió para nada ni para nadie! PAUSA. Queriendo consolarle, dije: «No seas tonto; en cuanto llegues a la patria, te casas con una mujer bonita, con dinero, y eres feliz». Me miró con dureza y me dijo: «¿Tú crees que yo busco sólo el placer en la mujer? Ella no es para mí ni un recreo, ni una caja de caudales. Yo aspiro a una compañera que conmigo luche para hacer felices a otros más desgraciados que nosotros».

Alberto ¡Pobre Félix!

Juan ¡Pobre Félix, sí! Como comprendió que sus palabras me habían dolido, me dijo: «¡No pienses que me creo mejor que tú, no! Si todos hicieran lo que yo, el mundo se despoblaría; pero creo también que deben haber algunos como yo, que amen más los pensamientos, las ilusiones, que las realidades. ¡Somos los delineantes de la humanidad; luego vosotros aceptáis o no nuestros proyectos!...» Cambio de tono. La verdad es que yo no construyo con arreglo a los planos del amigo Félix.

Alberto Riendo. Ya lo veo, ya lo veo... Y eso que tu mujer es una mujer modelo.

Juan Yo no diré que lo es; pero que quisiera ser, al menos de elegancia, o ser la portadora de la última novedad, eso sí. Al principio yo intenté que me ayudase, que se preocupase de los intereses, de mis asuntos... Vi que se molestaba, que se ofendía. En cuidar que la comida estuviese a las horas, la ropa planchada y zurcida y ella empolvada, y sabiendo el último pensa-

miento de los modistos y peluqueros del extranjero, estaba segura de que había cumplido todo su cometido.

Alberto ¿Y tú no opinabas lo mismo?

Juan No. Yo creí que al casarme, no sólo tenía derecho a sus brazos, a sus labios, a su pelo... que tenía derecho también a su cerebro, al trabajo del mismo. Yo no la tomaba como ama de llaves ni como entretenida; la tomaba como compañera y no quería que ella me tomase como administrador de sus fincas y de sus intereses; aspiraba a ser su hombre, su amigo, su compañero. Ella está acostumbrada a ver otra cosa; yo he insistido; ella no quiere, no sabe qué es eso, no lo ha visto y no quiere aprenderlo.

Alberto ¿Y tú?... (Sigue tosiendo de vez en cuando.)

Juan Pues yo hago también lo que me parece; trabajo, paseo y me divierto. Cuando necesito algo que ella no quiere tener, lo busco, y si lo encuentro lo tomo.

Alberto ¡Hombre!

Juan No tengo yo la culpa; ella siempre lo ha dejado para más adelante; yo he esperado y me he cansado. Si quiere ya cambiará; no tengo prisa ahora.

Amparo ¡Juan!... Podíamos irnos; ya es tarde y mañana he de levantarme temprano para ir a casa la sombrerera.

Juan Como gustes. Justo es que les dejemos descansar.

Hedi Nosotros aún estaremos un rato hablando; por nosotros no se vayan.

Amparo Gracias, es tarde ya. (Comienzan a salir.)

Alberto Pero no sean tan caros de ver por aquí; vengán con más frecuencia... (Dice esto saliendo ya con los demás del comedor por el fondo.)

ESCENA II

HEDI y ALBERTO, que tose alguna vez

Hedi Entrando con Alberto. De veras que siento que digas que trato de imponerme a ti; bien sabes que sólo tu bien quiero.

Alberto Pero si estoy fuerte, ¿por qué he de dejar el trabajo y salir al campo, cuando ahora puedo ganar dinero?

Hedi Para que te cuides y desaparezca esa tos; ya sabes que la tienes

- hace tiempo, y que don Angel nos aconseja que dejes los papeles, que no fatigues tu cabeza y que respires aire puro.
- Alberto Sí, pero eso me hubiese obligado a ir más tiempo fuera y estar en una población menos elegante, donde hubieses lucido menos tu hermosura... y los brillantes que te he comprado y no has visto aún; una sorpresa que te aguardaba...
- Hedi Mucho te agradezco el regalo; pero me causa dolor pensar que te sacrifiques de ese modo por mí, y más aún que lastimes tu salud, que ni es mía ni tuya, que la debemos también a nuestros hijos.
- Alberto No seas miedosa; tu cariño, y yo te lo agradezco, te hace ver mayores peligros de los que hay. *Jocosos*. Para apartar yo también mis escrúpulos, he ido a que me viese un especialista que gana mucho dinero y tiene la casa muy bien instalada, el doctor Esteb, y me ha dicho que me curará en uno o dos meses, sólo que me tendrá que dar una o dos inyecciones diarias, y tomaré además unas píldoras, unas gotas, un jarabe y quizás unas fricciones. Todo lo que sea necesario para ponerme pronto bien y sin abandonar mi vida corriente.
- Hedi ¿Pero cómo puede ser eso, si don Angel te dijo que habías de cambiar tu modo de vivir, salir al monte, etc., y habías de cuidarte mucho tiempo?
- Alberto Pero don Angel no sabe lo que el doctor Esteb que, según me ha dicho quien me lo ha recomendado, es un doctor que sabe mucho, y no es catedrático por envidias de los demás. Cuando le he indicado el plan de don Angel se ha sonreído, diciéndome: «¿Y eso es todo lo que sabe su médico? ¡Sí que es poco! Yo le curaré a usted como a otros muchos, muchos, que no le cito por no cansarle con la larga lista de nombres de personas curadas».
- Hedi ¡Si fuese verdad! *Con mimo, acercándose*. Pero yo preferiría que te dejases el trabajo y descansaras en el monte varios meses y no me comprases brillantes...

TELÓN LENTO

CUADRO II

(Tres años después.)

ESCENA PRIMERA

Casa pobre. A la izquierda ventana. Mesa y dos sillas.

DON ANGEL y DONA AMPARO

D. An. Sí, señora, y no debe tardar, porque a las once estaban citado en casa el doctor, que es puntual.

Amparo A mí se me hace tarde.

D. An. Y a mí también.

Amparo Tenía que ir con una amiga a hacer unas compras.

D. An. Y yo tengo aún que ver unos enfermos graves...

Amparo ¿Usted conocía hace tiempo a Alberto?

D. An. Algunos años, desde el principio de su enfermedad. Le dije que era cosa de cuidado, que debía descansar, reducir los gastos, si era preciso; pero trabajar menos, y aun mejor dejar el trabajo algún tiempo...

Amparo Pues no le creyó.

D. An. No, señora; el amor a su familia hizo que continuase trabajando igual; otros enfermos siguen su vida licenciosa, y entre los cientos de médicos no podía faltar uno que le dijese que curaría sin abandonar sus habituales ocupaciones... y pagando bien.

Amparo ¿Y ahora?

D. An. Y ahora que no les queda ya dinero, me llaman para que les visite económicamente... por no decirme que les visite gratis. Yo le digo a usted todas estas cosas, sabiendo que es usted antigua amiga de doña Hedi, y además viene usted con la misión de socorrerles, que bien lo necesitan.

Amparo Tal vez, pero la conducta de ella...

D. An. Mirando por la ventana. Aquí viene. Veremos qué dice.

ESCENA II

Los mismos y HEDI

- Hedi Buenos días, doctor. Mirando a doña Amparo y tratando de reconocerla. Buenos días, señora. ¿Cómo, aquí tú? Sorprendida.
- Amparo Sí, hija; aquí estoy. Aunque tú no me has ofrecido la casa... pregunté por ti a la vecina y me dijo que habías salido; pero que aquí estaba el doctor esperándote, a quien ella había abierto la puerta por orden tuya; he entrado, y aquí me tienes.
- Hedi Bien puedes suponer por qué no te ofrecí mi domicilio. Con amargura. Bien lo adivinas.
- Amparo Tú sabes que siempre te he querido y he sido una buena amiga.
- Hedi Y yo tuya. Quizá por eso he querido economizarte el sufrimiento de conocer mis penas. Que no te he olvidado, no lo ignorarás; ya te habrán dicho cómo me he interesado siempre por vosotros.
- Amparo Gracias; ya lo sé. ¿Y tu marido?
- Hedi Ha quedado en casa del médico, donde habían de darle unas instrucciones escritas del método que debía seguir. Yo tenía que venir a arreglar la comida y marchar al... trabajo... Con embarazo.
- Amparo Con tristeza. Sí... me han dicho que... trabajas...
- Hedi Sí... Pausa.
- Amparo Y por cierto que... ya supondrás... que me causó pena, pues... la verdad... me costó creer...
- Hedi Sí... lo comprendo... Sentándose e invitando con un gesto a doña Amparo que se siente.
- Amparo Yo, pues... Con relativa dureza. No lo comprendo... que tú estés en un café sirviendo... tú... ¿Qué dice tu marido? ¿Qué piensas de tus hijos?
- Hedi Comienza en voz baja y poco a poco la levanta. Mi marido empeoraba y las cuentas del médico crecían; el plazo ofrecido para la curación pasaba... y ésta no llegaba. Era una complicación debida al frío, luego al calor... Ya no comprábamos perlas; las vendíamos para comprar píldoras y específicos y pagar inyecciones y cuentas del médico... Hacía meses que no podía trabajar mi marido; tuvo vómitos de sangre...; dinero hacía tiempo que no ganaba en la casa, de donde habían salido

todas las alhajas, los muebles de valor... las ropas caras luego. Cambiamos varias casas; reducimos la servidumbre, la suprimimos; acabamos con los recursos y perdimos el crédito...

Amparo ¿Por qué no lo llevaste al hospital?

Hedi Yo, con gran dolor de separarme de él, se lo propuse, lo insinué; él, haciendo un esfuerzo, lo aceptó, por salvar algo para los hijos y para evitar su contagio... Entró en el hospital; muchos enfermos en la misma sala; aburriéndose todo el día, sin una nota de alegría, con el tiempo libre para recordar a todas horas su desgracia y viendo cómo morían a su lado otros enfermos que tenían la misma enfermedad que él... Comenzó a tener fiebre y sudores; perdió el apetito. Trágica. ¡Era imposible seguir así!

Amparo ¡Mujer!

Hedi Por mi amor había sacrificado él todo cuanto tuvo... ¡Hasta su salud! Me tocaba a mí la vez. (Transición.) Busqué trabajo. Yo sabía un poco de todo, pero no era especialista en nada. Encontrando trabajo, que no es fácil, podría allegar recursos para pagar quizás el alquiler de la casa, sólo para eso... y aún. ¡El obrero está mal pagado!... ¡La mujer peor!... Con lo que valen tus medias, se paga a una obrera el jornal de una semana; con lo que cuesta un sombrero cualquiera tuyo, se paga a una mujer... ¡dos meses! En un café encontré colocación, ¡y la acepté! (Con decisión.) De hacer una camisa se pagan 10 céntimos, ¡y hay que poner el hilo! De dejar sobre una mesa una taza de café, dan más dinero...

Amparo Sí, ¿pero y tus compañeras?

Hedi Hay de todo, es verdad, como lo hay entre los hombres que frecuentan tu casa; unos que se sacrifican por su familia y otros que la sacrifican; unos virtuosos y otros viciosos.

Amparo No puede compararse.

Hedi ¿No puede compararse? ¿Que unos sean viciosos para gastar el dinero de ellos o de otros que les sobra, o que tienen suyo o no suyo, y que algunas sean viciosas para adquirir el dinero que les falta para comer, y que siendo buenas les niegan?... ¡No sé qué es peor!

Amparo ¡No digas eso, no digas eso!

Hedi No me digas tú lo que me dices... ¡Tú hablas de mí; yo nada digo de ti!

Amparo Si te hubieses dirigido a nosotras, las Damas de la Junta...
Hedi ¿A vosotras? ¿Qué hubieseis hecho? Si tenéis veinte mil pesetas, repartidas entre cinco mil enfermos, ya ves a cómo salen a unas cuatro pesetas al año para cada uno... ¿Y con eso para qué hay?

D. An. Tiene razón doña Hedi. Ustedes, señoras, tienen muy buen corazón; el dinero que se recoge, en gran parte es debido a donativos o a peticiones de ustedes...; pero es tan poco, que no se puede hacer más de lo que hacen ustedes... poco más que nada...

Amparo Nosotras...

D. An. Sí, señora; entre ustedes hay unas cuantas que tienen gran interés en la obra santa de prestar apoyo al tuberculoso al que dan su dinero y su esfuerzo..., pero la sociedad no se preocupa. Otra cosa sería si los tuberculosos estuviesen asociados como cualquier oficio o agrupación política y rompiesen cristales... o hiciesen manifestaciones detrás de una bandera negra con una calavera blanca con letreros diciendo: «Somos un peligro para la sociedad; sembramos la muerte con nuestros esputos. La sociedad nos deja morir sin socorrernos; nosotros esparcimos la desgracia y el dolor en cambio».

Amparo No sea usted trágico, doctor.

D. An. Señora, es la verdad; no hay exageración. En nuestro país, padecer la tuberculosis es estar condenado a muerte en breve plazo. No hay sanatorios para curar los tuberculosos, ni se impide el matrimonio de éstos, ni se aísla a los sanos de los focos del contagio, ni siquiera se separa a los niños, que mueren más del sesenta por ciento cuando viven con los tuberculosos, y, en cambio, sólo el cinco o el diez por ciento cuando se les separa del peligro. Precisa que se unan los tuberculosos y que digan a la sociedad: «¡O el pan y el apoyo para nosotros o la enfermedad y la muerte para vosotros; escoged!»

Amparo Pero por Dios, qué trágico es usted, don Angel... A Hedi. Y doctor a quien acabas de ver, ¿qué te ha dicho?

Hedi Me ha dicho que las heridas de la pierna, por ejemplo, las curamos con reposo de la pierna, lavándolas con agua limpia y alimentando al enfermo. Y que las heridas del pulmón se curan con aire limpio, de monte, de pinada, etc., con reposo y alimento. Que debe comer bastante, y para eso, claro está...

necesita apetito, que lo da la alegría, la tranquilidad, el campo y la comida abundante y bien condimentada. Que cuando estamos tristes perdemos el apetito y los enfermos más, que debe estar distraído y contento... Y que quizás haya que colapsarle el pulmón enfermo, para que no se mueva nada y se cicatrice antes.

D. An. A doña Amparo. En otras partes se proporcionan jardines, galerías y barracas, para que los enfermos del pecho puedan respirar aire puro al abrigo del viento, en los terrados o alrededores de las ciudades, y ~~no~~ tienen sanatorios en cada provincia, y aquí... nada, casi nada; uno por cada cuatro millones de habitantes... Amargamente. Y, en cambio, quince plazas de toros por cada sanatorio... y aparte las improvisadas... Se oye toser ■ Alberto. En fin, cambiemos de conversación, no nos oiga.

ESCENA III

Los mismos y ALBERTO, pálido, ojeroso, encorvado; anda con lentitud, fatiga y tos, apoyado en un bastón. Viste como obrero pobre, que conserva ropas que fueron buenas y hoy viejas.

ledi Adelantándose al encuentro de Alberto y acariciándole. Mira qué visita tienes... mira. Señala a Amparo.

Alberto Señora... cómo... está... usted... Entrecortado por la fatiga y la tos.

Amparo No atreviéndose a darle la mano, aprensiva. Bien; ¿y usted, don Alberto? Pasado un momento. Pues... está usted... bastante bien.

Alberto Sonriendo tristemente. Gracias, señora; pero sé bien el mal que tengo y dónde lo tengo... Señala el pecho. He visto la fotografía de mi pecho hecha en los rayos X... Este doctor y el que acabo de ver me han dicho la verdad... y estoy dispuesto a creerles tarde quizás...; pero en fin...

. An. Aún es tiempo, créanos.

Amparo ¿Y qué hay que hacer?

. An. A falta de un sanatorio donde aprovechar los remedios naturales, médicos y quirúrgicos, dirigidos por un inteligente, llevar el enfermo al monte, y de acuerdo con el doctor que le visite, establecer el tratamiento. La ciencia sabe cómo se cura

esta afección: el remedio está en las casas de banca, no en farmacias.

Amparo ¿Y ustedes?

Hedi Yo he ahorrado un poco de dinero; el doctor ha organizado beneficio en un teatro con jóvenes altruistas amigos suyos mis compañeras Con rubor. también me dan algo... El doctor dirige; nosotros tenemos fe en él... ¡Dios se lo pague!... Nosotros ni nuestros hijos no lo olvidaremos, y ¡ojalá llegue el momento en que podamos retribuir lo mejor posible su desinterés y amor al enfermo!

TELÓN

CUADRO III

(Cinco años después)

ESCENA PRIMERA

Sala como de modesta tienda de ultramarinos de pueblo. Algunos anuncios a máquina y a mano en las paredes

ALDEANA y DOÑA AMPARO

amparo Entrando. A la aldeana. ¿No hay nadie por aquí?

aldeana No deben estar lejos; ahora vendrán. Siéntese usted, señora; no tardarán.

amparo Mirando a su alrededor. Leyendo el letrero de la izquierda del fondo. «Sala de reuniones». «Biblioteca». Para sí. Aquí será la sociedad feminista. No me gustan las mujeres hombrunas, pero ha insistido tanto esta aldeana...

aldeana Si la señora permite, yo me voy a casa, y cuando esté arreglado el auto ya vendré a avisar a la señora.

amparo Gracias; aquí la espero.

aldeana Quede usted con Dios, señora; hasta luego. Ceremoniosa.

amparo Leyendo unos letreros escritos a mano. «El próximo jueves, a las ocho de la noche, la señorita Consuelo Razi dará una conferencia en el local social sobre «El voto de la mujer.—Necesidad de conseguirlo». Nunca me han sugestionado las mujeres que quieren votar y mandar. ¿Quiénes serán las mujeres que se reunirán aquí? ¡Dios sabe!... Votar... votar... ¡Cuidar la casa, es lo que deben saber!... Otro anuncio. «Las mujeres que quieran aprender a cocinar, podrán acudir martes y viernes, a las seis de la tarde, al local de reunión, donde se darán lecciones teórico-prácticas». ¿Curso de cocina? ¿Para qué querrán estas mujeres el curso de cocina?... ¿Dónde me habré metido yo? Pero ha insistido tanto esa mujer...

ESCENA II

DOÑA AMPARO y HEDI

Hedi Buenas tardes, señora.

Amparo Buenas tardes.

Hedi Calla. ¿Tú, Amparo, por aquí?

Amparo ¡Hedi! (Se abrazan.)

Hedi ¡Cuánto celebro verte!... ¡Después de tanto tiempo!...

Amparo Muchos años ya, lo menos... cinco.

Hedi O más.

Amparo ¿Es esta tu casa?

Hedi Como si lo fuera, pues me paso aquí casi todo el día.

Amparo ¡Qué feliz casualidad! ¡Yo que no quería venir aquí!

Hedi ¿Por qué?

Amparo Te diré. Yo pasaba por junto a este pueblo en auto, cuando repente tenemos una pana, y a pesar de los esfuerzos del chó no ha habido más remedio que decidirse a detenerse. El chó ha dicho que le precisaba ir a casa el herrero y que tarda en estar terminado el arreglo quizás dos horas. ¡Figúrate, dos horas encima del auto llamando la atención de todos! He decidido ir con él a casa del herrero, pensando que me hiciese compañía su mujer; pero ella me ha dicho que su casa era muy pobre y que estaría mejor en la Sociedad de las mujeres. Y al oír ese nombre, he querido renunciar a venir; pero ella me ha tirado de su casa y ha insistido tanto en traerme, que he tenido que hacerme acompañar.

Hedi Has hecho bien.

Amparo Sí, ahora me alegro; pero la verdad, eso del feminismo... ya sabes que yo siempre he pensado: «La mujer en su casa, cuidando a sus hijos»; eso del voto y de las libertades feminista

Hedi Sí, ya sé tus opiniones... ¿No has cambiado nada?

Amparo Poco, poco... Con que cuéntame, cuéntame. ¿Qué haces aquí, qué es de tu vida, qué es eso de vuestro feminismo?

Hedi Pues mira; como te dije la última vez que nos vimos, con el dinero que recogí pude adquirir esta tiendecita en este puebl

para la cual aún tuvó que salir fianza don Angel, el médico, pues no reuní dinero más que para pagar cerca de la mitad del valor de lo comprado. A mi esposo lo teníamos en una casa de las afueras para que la gente no se asustase, con fundamento, y dejase de venir a comprar... Y no fué cosa fácil encontrar una casa que nos la quisiesen alquilar... Ni eso da la sociedad a los enfermos: el derecho a alquilar una casa para vivir. Con la tuberculosis entran en las casas la miseria y el dolor, y abriéndole las puertas van, muchas veces, aunque no en la nuestra, la suciedad y el vicio...

Amparo Es mucha verdad.

Hedi En la casita, mi marido pasaba casi todo el día tendido, respirando aire puro, pues estaba entre pinos y además tenía la ventaja de tener buena vista. Tú no sabes lo necesario que eso es, pues el enfermo, si llega a tener que permanecer medio o un año, casi siempre acostado; ya que no puede caminar, al menos necesita poderse distraer paseando su vista de modo que cambie de paisaje de vez en cuando... pasear en aeroplano, como decía mi esposo. Con el reposo y la ventana abierta, conseguimos que desapareciera la fiebre, los vómitos de sangre y la tos, y en cambio el apetito reapareció... Pero el hueco que la herida había hecho en su pulmón no se acababa de cerrar.

Amparo ¿Y que hicisteis?

Hedi Comprimieron el pulmón inyectando gas en la pleura, para que se pusiesen en contacto las superficies de la caverna pulmonar y se cicatrizaran luego, y así fué.

Amparo ¿Curó?

Hedi Sí, curó; tardó meses, pero llegó a curar y pudo llegar a ganar lo suficiente para él y para ayudarme a mí a mantener nuestras dos hijas, hasta hace dos años, en que murió de pulmonía. Y pensando en ellas y en lo que sufrí yo cuando tuve que trabajar para él, tú te acuerdas, iniciamos esta Sociedad feminista que tanto te ha asustado, y para la que pido desde ahora tu protección y la de tu marido.

Amparo ¿Mi marido? El, al hablar de estas cosas, dice que cuando las mujeres sean soldados, que pidan el voto.

Hedi Es un argumento; ¿pero tú sabes qué decimos nosotras?

Amparo Qué.

Hedi Que las que exponen la vida para darla a los hijos, los que

son soldados luego, tienen derecho a intervenir en la manera cómo las vidas de sus hijos son sacrificadas o desatendidas.

Amparo ¿Qué vamos a hacer las mujeres?

Hedi Defender la vida de nuestros hijos contra las acechanzas de los fabricantes de guerras y algaradas; contra los que envenenan la juventud, valiéndose del tabaco, el alcohol, el juego y los demás vicios. ¡Salvar a la mujer y al niño de la perversión y de la ignorancia!

Amparo Sí; eso es muy bello de decir, pero nosotras...

Hedi Sí; nosotras, las mujeres, en el extranjero hemos fundado restaurants y hoteles donde no se bebe alcohol; hemos fundado sanatorios, colonias escolares, sociedades para la lucha contra la perversión de la mujer...; oficinas para buscar trabajo e informar a la mujer y defenderla. Si una mujer es profesora, médica, abogada, modista, sombrerera, panadera, etc., si paga contribución, ¿por qué no ha de poder votar una ley que ella conoce mejor que otros hombres que la pueden votar, aun siendo quizás analfabetos, golfos, tal vez? Lo que puede alcanzar un hombre, aun siendo vicioso, le está vedado a una mujer inteligente y virtuosa...

Amparo Pero en nuestra patria...

Hedi La mujer puede ser reina, pero no puede tener voto; puede dar su sangre y su vida para dar la vida a un defensor de la patria, pero no tiene derecho a defenderle contra el analfabetismo... Las leyes no le permiten que vote; ¡pero consienten y fomentan, reglamentándolo, que... venda su cuerpo; lo que no consienten al hombre, afortunadamente!

ESCENA III

Se oyen risas y entran alegremente MARÍA, ANTONIA, ELVIRA, RAQUEL, JOAQUÍN, ENRIQUE y dos amigos (DON RAFAEL y DON RAMÓN).

Hedi Permíteme que te presente... Doña Amparo Torrela, mi antigua amiga, de quien os hablé tantas veces... Mis dos hijas, María y Antonia; dos amigas tuyas, Elvira y Raquel Valverde; mis hijos políticos, Joaquín y Enrique, y... Amparo estrecha la mano a los hombres, besando a las hijas.

Enrique Dos amigos nuestros, que vienen a pasar el día con nosotros: don Ramón Bunte, ingeniero, y don Rafael Baldos, agrimensor.

Amparo Muy señores míos.

Ramón }
Rafael } Reverencia.

Hedi Pasa y te enseñaré nuestra casa. Al grupo entrante. Con permiso de ustedes.

Grupo Ustedes lo tienen.

Mientras los del grupo de recién llegados hablan con alegría, Amparo y Hedi hablan mirando la armariada.

Hedi Primero fué nuestro todo esto; fué nuestro negocio, el que nos permitió atender a nuestras necesidades, y luego, cuando tuvimos vida independiente, como ya estaba acreditado, pensamos hacer una cooperativa para que beneficiase doblemente a las mujeres, dándoles géneros baratos, y que con las ganancias se pudiesen fomentar las instituciones que ellas necesitasen.

Amparo ¿Y qué habéis hecho?

Hedi Mira. Mostrando por una ventana del fondo. ¿Ves aquella casita con aquella cubierta? Allí tenemos una escuela al aire libre, y a la vez colonia permanente para los niños enfermizos. Antes estaban amontonados en una casa sin luz ni ventilación; ahora están al aire libre; aprenden más y están más sanos y es más barato. Más allá hay una galería donde pueden pasar el día los enfermos que en su casa no tienen sitio donde tomar el sol o el aire puro. Aquí, en esta casa, tenemos un restaurant

sin alcohol; tenemos periódicos para los que vienen; damos algún concierto, todo igual o mejor que en otras partes, pero alcohol no.

María A un joven. Sí que debe ser interesante, aunque yo creo que sería por tener usted mal genio.

Ramón Mal genio no lo tenías antes. ¿Qué has cambiado?

Rafael Ni lo tengo; pero me escribía unas cartas que parecía que siempre estaba enfadada, y un día fui yo quien se enfadó.

María ¿Y por qué hacía eso?

Rafael Porque no le habían enseñado en su casa; creyeron que a la mujer no le hacían falta esas cosas, que sólo importaban a los hombres, algo así como el fumar y decir inconveniencias.

Enrique ¡Cuántas muchachas podrían hacer feliz a un hombre, y con su incultura sólo siembran la amargura que las hiere a su vez también!

María Un argumento para esgrimir ante las obreras reacias que llegan aquí: «Un amigo nuestro ha reñido estos días con su novia, a quien quería mucho, porque ella escribía las cartas con una letra muy fea y decía las cosas de modo que se entendían al revés».

Enrique Puedes añadir que el novio era guapo, y pronto hubiese logrado una posición, y que había renunciado a otros partidos más ventajosos, porque la quería mucho. De veras.

María Lo diremos, pues; vaya si lo diremos.

Rafael Y yo le doy las gracias por anticipado y me dan ganas de fundar una liga para la redención de la mujer analfabeta.

Amparo Me vas convenciendo. A Hedi. Quizás del desvío de mi marido tenga yo la culpa; nunca quise enterarme de sus negocios; los administradores nos han robado cuanto han podido; él ha buscado otras compañías entre las mujeres... Ahora estoy sola; a mis hijas las enseñé a buscar esposo, pero no a retenerle. Una separada del suyo; otra como yo. Buscar marido, buscar marido... Es verdad. ¿Por qué no educarlas para que puedan mantenerse, por si no encuentran un hombre que las haga felices? Tienes razón. No será esta la última tarde que venga. Se oye un auto. Un chófer entra, saluda y dice:

Chófer Señora, el auto está dispuesto ya; cuando la señora guste.

Amparo Salgo en seguida; gracias. Sale el chófer. Adiós, Hedi; dichosa tú que, si perdiste tu esposo, guardas su recuerdo; yo tengo

esposo y a cada instante he de procurar olvidarle. Tú tienes tus hijas, tus hijos políticos, sus amigos, las mozas del pueblo que os quieren, los hombres del pueblo que os respetan y comprenden el bien que les hacéis; yo en cambio... Vosotras salváis vidas y honras; yo, por temor de ensuciarme, dejo sucios a los demás y su maldad me mancha, me salpica, y sus enfermedades contagian a los míos, que enferman y mueren... Sois ángeles, salváis vidas y honras. ¡Benditas vosotras mil veces y las que os ayudan! Besa a Hedi y a sus hijas, y despidiéndose de todos cae el telón lentamente.

FIN

Los Tuberculosos y sus Defensores

En Valencia existe unos **cinco mil** tuberculosos y mueren anualmente **500**. En la provincia hay **diez mil** y **mueren** unos **mil** cada año.

Hoy día los tuberculosos no cuentan en nuestra provincia más que con **un solo Dispensario** para los diez mil tuberculosos, y **no disponen de una sola cama** en ningún sanatorio **para los enfermos tuberculosos adultos**.

La tuberculosis es enfermedad originada principalmente por la mala habitación, la escasez de alimentación y el exceso de trabajo.

Lógico es pensar que para evitar el contagio hay que mejorar la higiene de las habitaciones, evitar el trabajo excesivo; procurar el descanso y mejorar la alimentación.

El aire puro es uno de los factores curativos que mejores beneficios produce para evitar la enfermedad y para curarla.

En Valencia los enfermos pobres carecen de aire puro en sus casas, y el del hospital es más

Sanatorios.

Precisa dar alimentación y reposo a los enfermos en sus casas y en los Sanatorios.

Esta es, a grandes rasgos, la tarea que esta Sociedad quiere imponerse,

A semejanza de lo que han hecho los ciegos, nosotros, los tuberculosos, hemos fundado una Sociedad, y con el apoyo de nuestros padres, hermanos y amigos, tratamos de defender nuestras vidas contra la muerte.

No estamos dispuestos a morir como hasta hoy han muerto otros, sin apoyo ninguno.

Tampoco queremos, como hasta hoy, sembrar la muerte con nuestros esputos.

A todos les conviene que seamos atendidos para evitar la pérdida de riqueza que se va con nuestras vidas y el peligro que supone nuestro abandono, que puede poner en peligro la vida de los demás.

Valencia pierde 500 vidas al año; valorándolas sólo a dos mil pesetas cada una, suponen un millón de pesetas, y otro millón en la provincia. Lo que se pierde por enfermedades bien pue-

SOS.

Para curar la tuberculosis precisan casas higiénicas, jardines para enfermos, casas para convalecientes, en el monte o en la playa, y

PARA EVITAR NUEVAS VÍCTIMAS, PEDIMOS EL APOYO A VALENCIA.

LOS TUBERCULOSOS Y SUS DEFENSORES

D. profesión
habitante en calle

núm. piso solicita ser socio de la Sociedad

“ LOS TUBERCULOSOS Y SUS DEFENSORES ”

con la cuota de ptas. cénts. anuales ó mensuales. ⁽¹⁾
de de 192

FIRMA

DIRECCIÓN: VALENCIA.--SAN VICENTE, 262 BAJO DERECHA

(1) Cuota mínima anual, UNA PESETA para los enfermos y sus familias. DOS PESETAS para los restantes.

